

kamala das

el viejo teatro*

Decidiste domesticar a una golondrina, guardarla entre tus manos
en el largo verano de tu amor para
que olvidara
no sólo las estaciones sensibles y el
hogar que dejó tras de sí, sino
también su propia naturaleza, su ansia de volar y
los interminables
senderos del cielo. No fue para
recibir conocimientos
otra vez de otro hombre por lo que vine
hacia ti sino para saber
lo que era yo y al aprender, aprender
a crecer, pero cada
enseñanza que me ofreciste fue sobre ti mismo.
Te complacía
la respuesta de mi cuerpo, su clima
sus convulsiones
habitualmente superficiales. Vertías tu saliva en
mi boca, te vertías
en cada una de mis fisuras y hondonadas,
embalsamaste
mi pobre lujuria con tus jugos
agridulces. Me llamaste esposa,
fui entrenada para echar el azúcar en
el té y
para ofrecerte, en el momento apropiado,
las vitaminas. Aplastada
por tu ego monstruoso, comí
la hogaza mágica y
me convertí en enana. Perdí la voluntad y
la razón, a todas tus
preguntas balbuceaba respuestas incoherentes.
El verano
empezó a palidecer. Recuerdo las más ásperas
brisas
del otoño y la humareda de hojas
que se quemaban. Tu cuarto
siempre iluminado por luces artificiales, tus
ventanas siempre
cerradas. Aun el aire acondicionado ayuda
muy poco,
el olor masculino de tu aliento
lo ha invadido todo. Las flores cortadas
en sus floreros han empezado a apestar
a sudor humano. Ya no hay
cantos, ni danzas, mi
mente es un viejo
teatro con las luces apagadas. La
técnica del hombre fuerte es
siempre la misma, le sirve a su amor
dosis mortales
ya que el amor es Narciso en la orilla
del agua, atormentado
por el rostro de su soledad, y, sin embargo
tiene que buscar
al final, la libertad pura y total, tiene que obligar
con su voluntad a los espejos
a estrellarse, y a la noche llena de bondad
a borrar la superficie del agua.

*Tomado de Manushi, No. 5, revista feminista de la India.

Trad. del inglés de L. Arizpe.